

NI MÚSICO, NI POETA (2022)

Tiendo a pensar, de manera un poco simplificada ya sé, que los escritores no solo van construyendo su oficio con el paso del tiempo, en el que este se enriquece a punta de lecturas y escritura, de estudios formales y extra académicos, sino también con una capacidad de visión de la condición humana, social e individual, íntima que se va agudizando día a día. Esto, aparte de una condición innata (extensa e intensamente cultivable) que considero indispensable. En su ejercicio, lo racional, puede trazar un derrotero, o por lo menos apuntar a un objetivo, aunque este vaya revelándose de a poco en la aventura de lo que van escribiendo, y que se encuentra con hitos que pudieron prever como parte de la planificación panorámica del relato, de la reflexión, pero a los que no necesariamente previeron coordenadas. Todo esto en él, en ella, supone una entrega, una forma de vida, que, con los matices personales, pasa inevitablemente por ciertas limitaciones y ciertos -digamos- excesos, más o menos prescindibles.

A los poetas probablemente les ocurre algo diferente en el sentido de que su “creación” es menos orientable, menos planificada, porque surge usualmente de una urgencia interna que busca expresarse y que solamente después de surgir se somete a un trabajo que, dependiendo del rigor impuesto por el oficio, pule la forma hasta acercarse a lo que el autor identifica como cercano a lo que “sintió” que expresaría.

Escritores y poetas al ir haciendo eso que se da en llamar su “carrera”, deben plantearse una contextualización de su trabajo, y para eso consideran el entorno en el que su obra se publica, qué se escribe, qué se demanda, qué se acepta, qué no se acepta ya, qué resulta novedoso, qué referentes prevalecen, qué lenguajes son viables, válidos o rechazados.

Consideran, no solo gestan su estilo.

En sus cotidianidades transitan ciertos accidentes: descubren que pueden escribir, escriben, se suman a talleres primero, a cofradías después, a editoriales, a círculos, (a veces antipáticamente cerrados o excluyentes). Hay algunos que terminan sacrificando su búsqueda a los condicionamientos que identifican en esas instancias, otros al mercado dictador, en pos del éxito en ventas o al menos en renombre. Buscan, para estar “en la movida”, estar muy al tanto de lo que se está escribiendo, de lo que dicen las voces autorizadas o validadas, de lo que ya se hizo, de los criterios que van imperando para premios y concursos, en cierto modo, de las modas también (me acuerdo de algún cuento de Bolaño en que uno de los personajes sabía bien qué escribir y cómo, para lograr uno y otro y otro premio y así sacaba a flote su economía).

Claro, a los poetas en general, si solo escriben poesía, no les es posible vivir de lo que escriben.

Pasa con los músicos algo parecido: juego primero, cierta conciencia del talento después, su cultivo con estudios y práctica, con exposición al público, excepción hecha de quienes se dedican solamente a la composición. Escuchar, asimilar y claro, saber en qué ámbito se enmarca su arte. Y después identificar, en función de la línea en la que orientan su “carrera”, qué fortalecer o qué rendir en función de objetivos artísticos y

comerciales. Claro, esto último, siempre y cuando las circunstancias lo permitan, si no, simplemente ir sobreviviendo, y sacrificar lo que sea necesario sacrificar. En todo caso, al igual que escritores y poetas serios, deben llevar una forma de vida, un rigor, una consagración al oficio, porque hacerlo bien implica no poca dedicación.

Muchos escritores, poetas y músicos de los que hablo, no viven de su arte, o por lo menos no por entero. Y estoy seguro que en nuestro medio a la gran mayoría les ha tocado subsistir ejerciendo un trabajo que rinda frutos económicos, aunque se lleve buena parte del tiempo que les gustaría dedicar a la creación. Tengo amigos y amigas que abocados a este hecho han logrado ejercer de docentes de materias conexas a sus especialidades artísticas, lo cual les aligera la dificultad (más de uno lo disfruta, hay que decir).

En resumen, con admiración y respeto, prefiero llamar músico al que estudió música y lo sigue haciendo de por vida, y que nutre su oficio, al que dedica la mayor parte de su día, con producción artística diversa que alimenta el cultivo de su música y su juicio estético, que mantiene una práctica rigurosa de sus destrezas a diario, que cuida su salud de manera que sus aptitudes para la ejecución no se vean afectadas, y que a pesar de todas estas exigencias ama lo que hace y encuentra en su labor una recompensa a los rigores y sacrificios que implica. Igual para escritores, con las obvias diferencias.

De esta manera doy una explicación de por qué no me puedo llamar poeta, ni músico. Soy un tipo muy curioso, si, he leído y espero seguir haciéndolo, aunque no soy un devorador de libros (más bien soy la clase de lector que disfruta de manera desordenada, irregular y sin brújula). No me interesa ganar premios, no me interesa alinearme con las tendencias, porque no siento la necesidad de vender lo que escribo para sobrevivir ni para que me aplaudan, aunque me gusta que me expresen que les gusta lo que hago. Simplemente escribo lo que siento o pienso, le doy vueltas, lo desecho o lo trabajo si encuentro que algo me sigue resonando después de un tiempo. Lo pulo y nunca me contento del todo, aunque a veces decida dejarlo o compartirlo. Ni de lejos soy escritor y no puedo llamarme poeta.

No tengo formación académica en lo musical. He estudiado algunas cosas básicas, algunos rudimentos que no me alcanzan para ser un lenguaje compartido con músicos de buen nivel. He escuchado y sigo escuchando música que me llama la atención, que me dice algo, la que no, la paso por alto. No tengo una práctica rigurosa ni regular. No me interesa hacer canciones que suenen a algo predeterminado, no escribo dentro de los cánones de género alguno, ni para determinado público. No sirvo para que me digan toca esto o esto otro. No soy músico.

Hago las canciones que me salen, que por lo general me satisfacen, por lo menos en ese momento, y si me satisfacen por un lapso más largo, a veces las comparto cantándolas en directo y las grabo. Canto y toco excepcionalmente cosas de otros para el público, por lo general canto lo que escribo.

No me ha importado orientar lo que hice hacia ciertas formas más aceptadas o aceptables, ni para publicar ni para que me paguen, ni siquiera para que me inviten a festivales. Me ha gustado y ya.

Con lo dicho se entenderá que puedo justificar plenamente que, a los cantautores, los músicos no los consideren músicos y los poetas, tampoco los consideren poetas. Claro,

excepcionalmente algún cantautor o cantautora tiene una formación y una vida de músico de verdad en el sentido que he expresado; y, muy excepcionalmente, hay verdaderos poetas entre quienes hacemos canciones.